

El fantasma

Mónica Ríos

La última vez que me lo encontré estaba sentado en un sillón, en una de aquellas cafeterías de cadena dentro de un centro comercial. A esa hora de la mañana solo los empleados paseaban por las cerámicas que una mujer había lustrado desde las 5:45 a. m. con una máquina o un tractor. Yo entré quince minutos después de la hora de apertura y él ya estaba ahí, como un fantasma, sentado frente a la única mesa del local. Dejé caer los billetes entre bolsas llenas de cables recién comprados. De reojo él había visto cómo adquirían ese vago olor a cloro y

“La primera vez que lo vi fue frente a un micrófono diciendo a todo el colegio que era una mierda.”

mopa sucia. Al darme vuelta con mi vasito de café, él tenía la vista hundida en uno de los libros de la torre ordenada en una esquina de la mesa. Era algo de Freud o, con más seguridad, un ensayo interpretativo sobre Freud y Lacan, que estudiaba con la intención de integrar a su terapia psicoanalítica que lo había dejado sin habla.

No me saludó más que con un gesto de la cabeza.

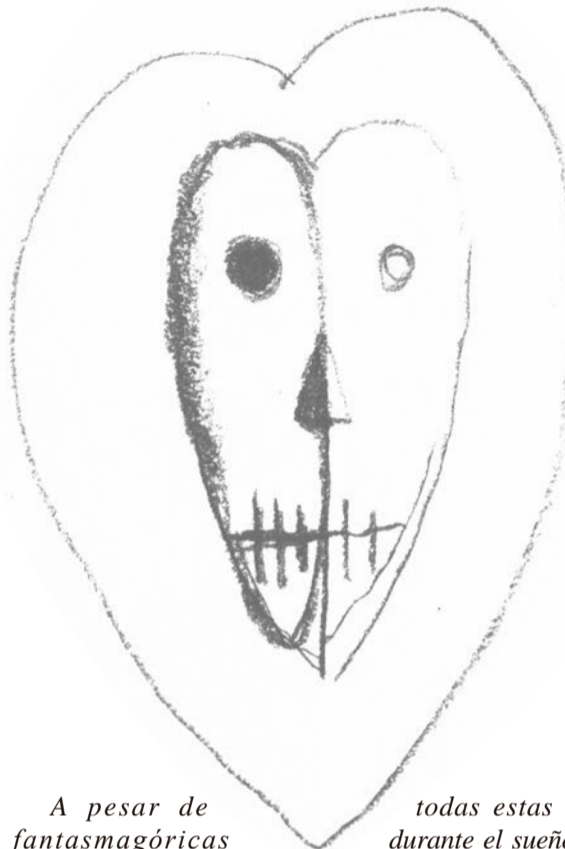
Cuando lo conocí, no paraba de hablar. Entre nosotros, no parábamos de hablar de libros.

*La pregunta que surge, y que todas las indicaciones de Freud nos han anticipado, es: ¿qué despierta a quien duerme? ¿No podemos encontrar eso, acaso, en el sueño mismo, en esa otra realidad, la realidad que Freud nos describe, la realidad de que el hijo se acerca a la cama, toca el brazo del adulto y le reprocha en un susurro: padre, ¿no ves que me estoy quemando?**

La primera vez que lo vi fue frente a un micrófono diciendo a todo el colegio que era una mierda. Fue el único alumno que ejerció, por allá por el año 90 o 91, su derecho a usar el palco abierto a los alumnos en una asamblea general, una misteriosa idea de las autoridades de esa institución para darnos alguna libertad a quienes nunca la habíamos experimentado. Pero esa sociedad de paredes de piedra, que encerraban nuestros campos de juego, de estudio y de seducción, no nos lo permitía, con el terror de que las horas de letargo, sadismo o miedo terminaran por romper los nervios formados en el realismo militarista de la derecha chilena.

Lo había visto, no hace mucho, en una cafetería similar, en otro centro comercial, tomando un café blanco y extremadamente dulce, con dos libros colgando del sobaco. Antes de eso, lo había visto en mi pieza con cara de dolor o placer, nunca supe.

Como siempre que nos encontrábamos, hablamos de literatura. Esa mañana hablé yo más que él, hasta que se excusó y salió del baño tras una estela de marihuana. Las personas que atendían el café no se inmutaron, acostumbrados a su presencia.



A pesar de fantasmagóricas todas estas visitas durante el sueño, él se despierta con una mente más bien clara y decidida.

Conservo la imagen de él entrando al lago sobre piedras puntudas y a pie pelado, traje de baño azul o negro, el pelo largo y un pañuelo del mismo color que se caía al suelo y usaba como Axl Rose cuando ya no lo escuchábamos a él ni a sus chaquetas de cuero sin polera. La misma flacura, la misma feminidad. De puro joven que era yo, confundí aquella pose con rigor. Cuando lo vi sentado quince años

“Yo seguía buscando al joven que se sentó frente a mí y a mi mamá, completamente drogado, a confesar que me amaba.”

después en una butaca de un lugar tan ordinario, su pelo corto, subrayando los libros de psicoanálisis, como si el solo acto de leer pudiera construir un mundo que había perdido en cada paso de hora, vi la fragilidad. Me desconocí a mí misma. A pesar de eso, le hablé como antes. Yo seguía buscando al joven que se sentó frente a mí y a mi mamá, completamente drogado, a confesar que me amaba. Mi piel en ese entonces estaba bronceada por el sol de una playa, donde el hermano de mi amiga me había desnudado y dado besos en las tetas mientras su hermano menor alertaba a la casa entera. Yo solo reconocí el deseo. Al día siguiente, sus palabras lo habían abandonado.

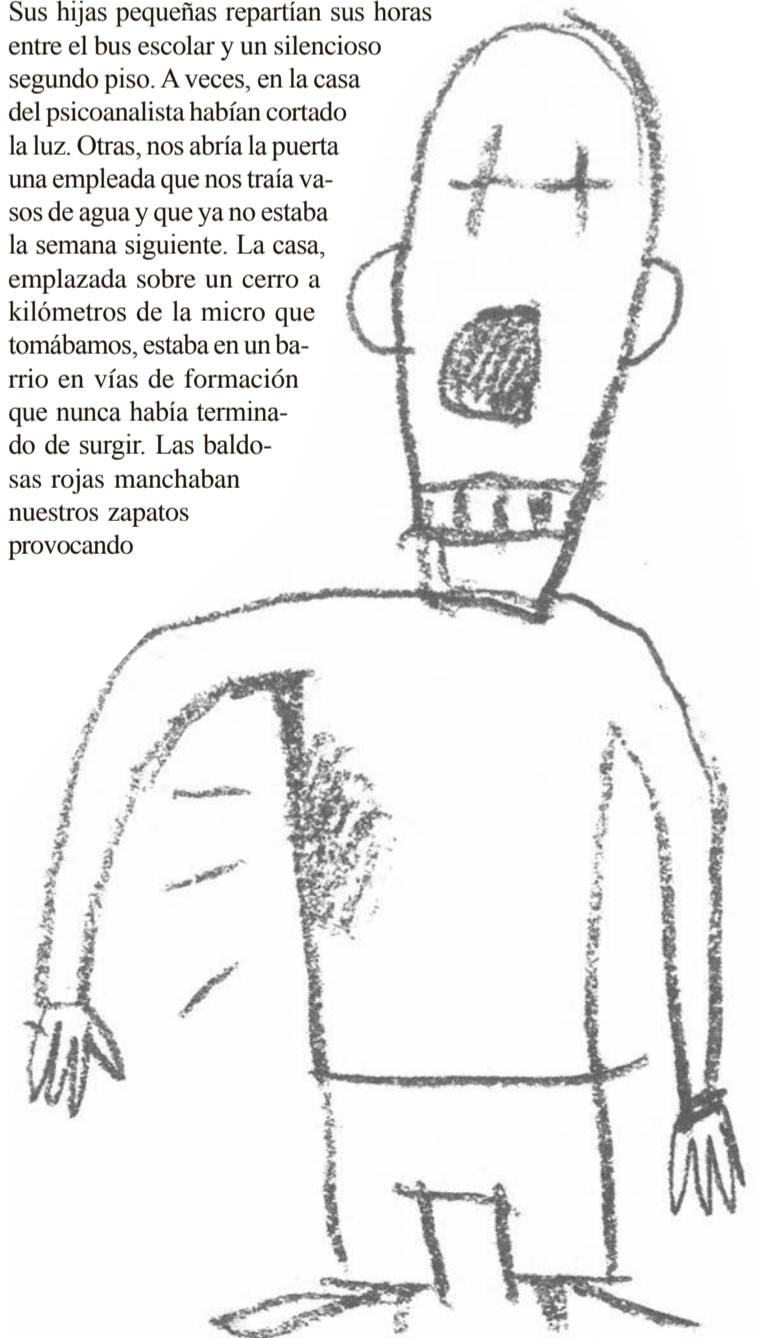
Años después, en un similar episodio psicotrópico, él y sus amigos dejaron a mi hermano sin billetera, teléfono, llaves ni chaqueta en un bar a kilómetros de su casa. Nadie sabía dónde estaba hasta el mediodía siguiente cuando llegó caminando blanco y con ojeras. Mi madre culpó al fantasma que tantas veces había estado tomando whisky en nuestra casa. Aun así, ella acompañó a mi hermano cuando

supimos que su mejor amigo había muerto en circunstancias extremas.

El despertar, en la lectura que Lacan hace del sueño en Die Traumdeutung es en sí mismo el lugar del trauma, el trauma de la necesidad y la imposibilidad de responder a la muerte del otro. Despertar no es otra cosa que despertar para volver a vivir cómo fracasamos en el intento de ver a tiempo.

No mucho tiempo antes de su fin, habían arrestado a quien fuera su psicoanalista, también experto en artes marciales, por tajarle la guata a un joven en las puertas de una fiesta donde el psicoanalista era guardia de seguridad. Cómo llegó eso a suceder, lo vimos solo en fragmentos: en la televisión observamos un cuerpo deformado por el exceso de ejercicio y de comida, su pelo cortado al ras. Años antes, el psicoanalista había comenzado un grupo de estudio en su casa sobre el trabajo de Lacan. Había sido despedido de la universidad y de la sociedad psicoanalítica en algunas extrañas circunstancias que mi hermano narra a carcajadas y el fantasma matizaba con pretextos. La casa donde el psicoanalista lacaniano impartía su grupo de estudio, comprobé yo un par de meses que atendí, era una promesa que se apagaba. Había tenido una esposa que ya no estaba.

Sus hijas pequeñas repartían sus horas entre el bus escolar y un silencioso segundo piso. A veces, en la casa del psicoanalista habían cortado la luz. Otras, nos abría la puerta una empleada que nos traía vasos de agua y que ya no estaba la semana siguiente. La casa, emplazada sobre un cerro a kilómetros de la micro que tomábamos, estaba en un barrio en vías de formación que nunca había terminado de surgir. Las baldosas rojas manchaban nuestros zapatos provocando



*Todas las cursivas son citas a Sigmund Freud, Julia Kristeva, Jacques Lacan y Cathy Caruth.

que nuestras pisadas se marcaran en el concreto a la salida de la casa. Una semana en particular apareció un cachorro. Al acariciarle la cabeza me di cuenta de que tenía las orejas recientemente mutiladas, las costras en mis manos. Nunca más lo vi, al parecer el perro se volvió peligroso. El living donde nos reuníamos no tenía nada de particular: muros oscuros, sillones más o menos nuevos, una o dos plantas y pinturas de trazo glacial. Un día las paredes estaban peladas y solo quedaban los rectángulos vacíos en la pintura rojiza, marcando los espacios donde antes hubo algo. Cuando decidí irme, le escribí al psicoanalista una carta a mano. Él mandó a decir con mi hermano que lo visitara, con una intención de la que nunca quise saber más. Pronto, mi hermano dejó de ir al grupo de estudio. Algún tiempo después, mientras continuaba su terapia, el fantasma dejó de hablar.

“Me solía contar mi hermano por teléfono que ahora el fantasma vivía en la casa de una amiga suya. Habían sido compañeros en la universidad donde estudiaron psicología, pero ninguno de ellos se había titulado.”

Es un hecho conocido por todos que llamar a una persona por su nombre es el mejor método del despertar cuando se está durmiendo, o de despertar a un sonámbulo.

Me solía contar mi hermano por teléfono que ahora el fantasma vivía en la casa de una amiga suya. Habían

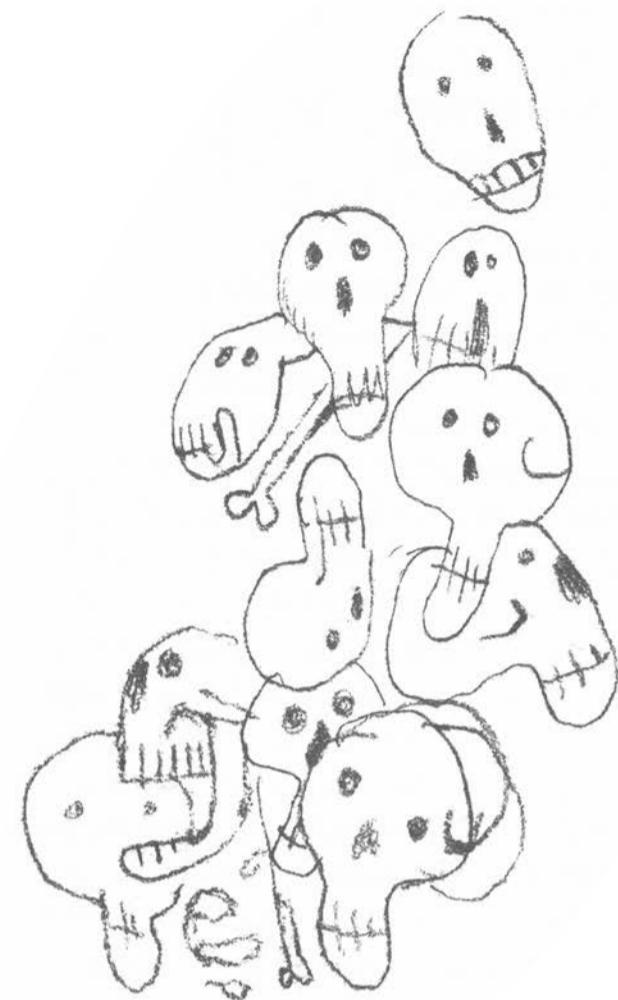


sido compañeros en la universidad donde estudiaron psicología, pero ninguno de ellos se había titulado. Ella heredó dos casas contiguas y una fortuna después de la muerte de su padre; al mismo tiempo, él había descubierto en su terapia que ser adoptado lo sumía en un constante estado de desamparo. Él era extremadamente flaco; ella sufría de obesidad. La casa donde vivía esta heredera —me invitaron una vez— tenía unas cortinas gruesas llenas de polvo, llenos de polvo también los muebles antiguos tapizados de terciopelo, cuyas patas se hundían en una alfombra gruesa. Parecía un subterráneo abandonado.

El fantasma de ser enterrado vivo provoca la inquietante extrañeza, acompañada de una cierta concupiscencia, a saber la fantasía de vivir en el seno materno.

“Unos meses más tarde, las habitaciones estaban ocupadas por dos compañeros de universidad de la dueña de casa, uno de ellos esquizofrénico, el otro, con una constante sensación de desamparo. En la pieza del fantasma, me imagino, habría libros también.”

El novio de la dueña de la casa era exactamente igual a los dos o tres amigos que lo acompañaban. Usaban jeans negros, camisas oscuras con caras satánicas dibujadas en blanco y zapatillas del mismo negro. Tomaban piscola. Ninguno estudiaba ni trabajaba, pero tenían objetos lujosos sobre sus brazos y en sus bolsillos. La casa tenía varios pisos y un subterráneo con pequeñas



habitaciones de concreto sin ventanas ni revestimiento. Eran solo bloques de concreto habitado por algunos pocos muebles. Unos meses más tarde, las habitaciones estaban ocupadas por dos compañeros de universidad de la dueña de casa, uno de ellos esquizofrénico, el otro, con una constante sensación de desamparo. En la pieza del fantasma, me imagino, habría libros también.

El análisis podrá iluminar este afecto, pero lejos de perseguir con obstinación disolverlo, debería pasar la baza a la estética (algunos dirán también a la filosofía) para saturar en ella la trayectoria fantasmática y asegurar el eterno retorno catártico, por ejemplo, en los lectores de historias inquietantes.

Mi hermano me relató en concisas palabras, su voz más baja que de costumbre, que el fantasma había muerto por falta de aire.

Cuando aún todos éramos jóvenes y vivíamos protegidos en las casas de nuestros padres, el fantasma solía mantener en su velador un cenicero, una pipa, una o dos cajetillas de cigarro, tabaco, marihuana, papelillos, un encendedor, una vela, varillas de incienso y un incensero. Según mi hermano, a pesar de los escáneres a sus pulmones, nunca había abandonado esa costumbre.

Lo encontraron en el suelo, la vela consumida, un colchón a medio quemar, un golpe en la cabeza.

Mónica Ríos (Santiago de Chile, 1978) es narradora y ensayista. Es autora de las novelas *ALIAS EL ROCÍO / ALIAS EL RUCIO* (2014-2015) y *SEGUNDOS* (2010) y coautora del ensayo *CINE DE MUJERES EN POSTDICTADURA* (2010). Es profesora universitaria de literatura y enseña un taller de narrativa.

Las ilustraciones de **Thierry Martin** han sido extraídas del volumen *NO ME GUSTARÍA PALMARLA* (Demipage, 2009), de Boris Vian, proyecto ideado por Martin y que, desafortunadamente, no pudo concluir.